

do sufrieron escasez, mientras el amo que los tomó a salario se enriqueció con lo que ellos araron, sembraron y cosecharon, y todavía compró más campos.

16. Compró más campos y pasó lo mismo otra vez con los jornaleros, y compró nuevamente más campos; y pasó lo mismo otra vez con los asalariados y compró más campos, y se compró finalmente toda la tierra para él solo.

17. Y es también como en esta otra parábola. Como campo desierto y baldío que fué cercado de espadañas para que nadie entrase a trabajar sin que primero sangrase entre las espadañas para alegría del amo.

18. Y la tierra así cercada fué campo de víboras entre terrones de aridez cuando pudo ser reluciente esmeralda en la corona del mundo.

19. Y también como en esta parábola: Que cuando la tierra era del pueblo no había Foro en Roma, y cuando el pueblo fué despojado de la tierra hubo Foro en Roma. Y acudieron a su recinto los abogados con los labios temblorosos de mentiras, aunque hablaban como hombres que no mienten sino que se arrebatan por el imperio de la justicia.

20.—¡Reivindico! ¡Reivindico!, exclamaban los abogados que no acababan nunca de reivindicar la tierra de un cliente para otro cliente y especialmente la de un pobre para un rico; hasta que los Gracos dijeron: ¡Escucha, pueblo, y aprende tú también la palabra de los abogados, y grita al fin; ¡Reivindico!, verdadero Dueño! Apresúrate, verdadero Dueño a reivindicar de una vez la tierra que te quitaron

21.—Pero se hundirá la Atlántida en el mar y empero flotará y boyará la iniquidad de los hombres sobre todas las aguas.

Capítulo XX

o sea el Capítulo del Templo incendiado

1. Y había muy grandes señores que acudían al templo, y de hinojos o con la frente en el suelo no cesaban de sollozar durante todo el oficio: ¡Ay, Dios grande! ¡Señor, Señor! ¡El mundo es una sola llamarada! ¡Tened piedad de los dolores humanos!

2. Hasta que un día el sacerdote hubo de volverse a estos fieles y desde las gradas del altar habló así:—¿Sabéis una cosa, queridos feligreses? Parece que Dios está cansado de vosotros. Acabo de oír su voz, y su voz decía; ¡Basta, hipócritas! ¡Basta de actitudes vacías y de alharacas sin sentido!

3. ¿Oís? ¿Oís?... Ahora oigo que dice: Si la plegaria no es el estandarte de los rectos deseos y el canto de las buenas obras, la plegaria es solamente pan para Satanás.

4. Sabed, pues, que nada se remedia con suspirar: ¡Ay Dios mío! Y por si lo dudareis, enteraos además de un sueño que tuve anoche. Espíritu de Daniel había en mi sueño y espíritu de verdad en las visiones de mi sueño.

5. Y fué que soñando soñé que Dios mismo bajaba a la tierra, bajo la dulce apariencia de un venerable anciano, el cual me dijo.—Sacerdote, echa adelante. Hazme conocer la tierra que tú bendices en el santo nombre de del Señor.

6. Y yo eché adelante, y le dije:—Señor, ésta es la tierra que preguntas. Y como Él empezase a ver linderos entre campo y campo, y los campos sin cultivo, oí que se preguntaba a sí propio: ¿He creado Yo alguna vez linderos entre campo y campo, y he dicho: Sea yerta la tierra, o dije: la tierra es mía y pasajeros sois vosotros?

7. Y venía gran golpe de pobres gentes, y según le salían al paso Él les iba preguntando:—¿Por qué pusisteis linderos y dejasteis yermos los campos? Y respondiendo a lo primero decíanle:—Mediante los cercados se distingue lo que es de cada uno...—Y Él les instaba:—Distinguidme, pues, la parte vuestra.

8. A lo que ellos contestaron:—De nosotros nada es. Los linderos distinguen las tierras de los grandes señores.

9. Y oí que Él se preguntaba como quien habla consigo mismo:—¿He creado yo alguna vez grandes señores?

10. Y preguntaba de nuevo:—Decidme ahora, ¿por qué están yermos los campos? Y ellos contestaban. —Señor, porque sólo se ara y se siembra la tierra de los grandes señores. Si nos dejasen trabajar, siquiera en algún desierto, el verdor de la tierra haría sonreír a los cielos.

11. Y Él tornaba a preguntar:—Decidme ahora qué coméis.

12. Y ellos:—Comemos de las limosnas que nos dan. Dios es bueno y ha constituido la santa limosna. (Y Él: ¿Cuándo he instituido Yo esa ignominia? ¿Cuándo aparejé otra cosa que la justicia sobre la tierra?)

13. Y añadían:—Así mismo, ya ves cómo vivimos...Y levantándose el manto le mostraban una carne escuálida, y señalando sus viviendas le enseñaban unas zahurdas sin aire ni sol que ni tan siquiera eran suyas.

14. De suerte, que preguntando y escuchando Dios Nuestro Señor se cercioró de que había mucha hambre por toda la tierra, como no fuese en los palacios de los amos, donde la abundancia se dejaba podrir bajo siete llaves.

15. Y uno dijo aún:—Si no son los caminos, nada es nuestro.—Y otro:—¡Los caminos! ¡Caminos con sed, con hambre, con sangre, todos llevan a la desesperación!

16.—Antes—refirió uno—crecían a los lados de los caminos, hileras de árboles frutales. Cada estación traía sus frutas, y las frutas alcanzaban para todos. Ahora los alguaciles mandaron hachar los árboles que daban fruta y sombra, y pusieron en su sitio arbolillos enanos y estériles de los que llaman de jardín... ¡Estamos cercados por el hambre, Señor!

17. Y en eso se vió por la carretera que venía uno de vosotros en litera de oro y plata, guarnecida de piedras preciosas, portada en hombros de esclavos.

18. Y el verdadero Dios indagó:—¿No sabe caminar por sí solo ese hombre que así viene portado en litera?—Viene así—le explicaron

—porque es el dueño de todos los campos que se ven a la redonda...

19. Entonces el verdadero Dios, desde lo alto de la eminencia que domina la ciudad, fué transformándose en una negra tormenta cruzada de rayos que cubría los cielos como para devorarlos.

20. Y el verdadero Dios comenzó a relampaguear y a tronar y a maldecir sobre tanta cosa horrenda, y yo su verdadero sacerdote, caí de rodillas clamando: ¡Piedad! ¡Piedad!

21. Y oyéndome se ablandó su gran cólera y me dijo: Está bien. Pero anda tú, sacerdote, y mañana en la misa dí a tus feligreses: *Mirad lo que he soñado y ved lo que debéis hacer. Porque he visto que Dios relampagueaba sobre vuestros destinos.*

22. Todo esto dijo el sacerdote vuelto hacia los fieles. Y mientras hablaba, no dejó de notar que cada uno se secreteaba con el compañero, como diciéndose los unos a los otros: Este santo hombre tiene razón. (Pero lo que se decían era esto: ¡Quién lo creyera jamás! ¡O es un bribón o está rematadamente loco!) Y secreteándose maneaban la cabeza con un gesto afirmativo.

23. Tras lo cual se levantaban de uno en uno, y salían del templo, y volvían, y de nuevo se decían quién sabe qué cosas en secreto.

24. Hasta que terminada la homilía he aquí en la iglesia el médico director de la casa de los locos y una brigada de enfermeros con el chaleco de fuerza lista. Y la voz de uno como patriarca que decía: Llevadle.

25. Pero cuando patriarca y enfermeros se llegaban al altar para prender al santo hombre, ved ahí que saltó como una chispa del cáliz y como otra chispa de cada uno de los candelabros y que toda la iglesia se encendió en fuego vivo que, empero, no echaba humo.

26. Y el sacerdote estaba todo blanco en medio de aquella iglesia toda roja, ante aquella feligresía toda negra.

27. Y la iglesia se comenzó a levantar de la tierra como si un dulce viento la levantara, y el sacerdote blanco se levantaba también, en tanto que los feligreses negros miraban espantados el portento como clavados sobre el duro suelo.

28. Y el único signo que faltaba fué patente en el cielo; a saber que también había una iglesia roja sonrosando desde sus encendidas torres y campanarios la aurora de un nuevo día de la humanidad.

Arturo Capdevila

Los estudiantes de Costa Rica, regresan de Chile sin título, pero con honor

Los estudiantes costarricenses Lilia Ramos, Rómulo Valerio y Nora Paredes, han regresado de Chile sin el título que allá fueran a buscar, pero en cambio vuelven con el recuerdo de su actitud leal con respecto a sus compañeros. La falaz balanza de los hombres prácticos que todo lo juzgan por las ganancias que se obtengan, niega a esta actitud valor alguno, pero quién sabe si en aquella en que se miden las intenciones del espíritu, todos los títulos del mundo tendrían el peso necesario para ponerla en equilibrio!

El cónsul de Costa Rica en Santiago, don Arturo Oreamuno, y cuanta persona prudente hay en esta tierra, pueden pensar que el papel de estos muchachos debió haberse limitado a escuchar dóciles las lecciones de los profesores, a estudiar en los textos la materia que cada uno había escogido, a obtener buenas notas y a permanecer impasibles ante cualesquiera manifestaciones humanas de la Universidad. Con tal conducta habrían compensado el esfuerzo que significa para el Estado su viaje a Chile y su manutención. Para tales gentes es ab-